

Ocultar y desvelar, Manuel Xestoso

Nº 86 de la Revista Galega de Teatro. Primavera 2016.

Una cena es, quizás, el acto social por excelencia. Y el acto social siempre tiene dos movimientos: uno de ocultación y otro de exposición. Ocultamos y exponemos según lo que queramos dar a entender que somos, aunque en ese juego es muy fácil que comience un equívoco, no el triunfo de la simulación. Porque más allá de la cena hay una realidad que debemos compartir y que no admite la huida sencilla de las buenas formas en la mesa. Escoger de que lado de la realidad nos ponemos siempre es más complejo que escoger un vino que encaje bien con el primer plato.

En Raclette hay dos cenas y ninguna hace buen maridaje con la realidad. El plato principal es una mezcla de los ingredientes con los que se cocina la sociedad moderna: la competitividad, la culpa, la supervivencia, la incomunicación. Y, no obstante, la mezcla no acaba de encajar bien con las expectativas de los personajes. Quizás porque están más preocupados por ocultar y exponer lo que creen que les conviene que en pararse a ver con que componentes se cocina la realidad, esa que deben repartir con el resto de los comensales. Están, como casi todo el mundo, más pendientes de sí mismos que del origen de sus problemas. Más atentos a su plato que al horno donde se cuece.

Santiago Cortegoso explica el conflicto a través de una narración fragmentada, que oculta, y de un sentimiento unificado, que exponen. A la frialdad de la segmentación del relato se oponen el fervor de unas sensibilidades heridas, cuya expresión se confía al trabajo actoral. En esa dialéctica entre lo que se desea exhibir y lo que se pretende esconder van surgiendo los elementos que operan por la espalda de los personajes y que contienen la semilla de la tragedia: una tragedia en la que no hay héroes y en la que nadie quiere asumir la responsabilidad de sus actos.

Es fácil -e incluso tiene un grado de acierto- echar la culpa de los equívocos de que somos víctimas a la incomunicación a la que nos condena la sociedad moderna. Lo que ya no es tan fácil es reconocer que asumimos un compromiso con ese extrañamiento a cambio de una rentabilidad a corto plazo. Es sencillo aceptar que la vida se pone muy difícil con demasiada frecuencia, pero no es tan sencillo admitir que participamos del silencio con la esperanza de obtener algún beneficio.

Esos mecanismos de falsa defensa son lo que se va poniendo en evidencia a lo largo de una función que maneja con precisión los tiempos de desvelamiento y de disimulo. Que cocina al fuego lento las revelaciones esenciales.

Hay una evidente intención política, pero incluye -como en los viejos tiempos- una autocrítica que no prescinde de lo humano. Existe la parodia de una clase social que parece divorciada de los problemas reales. Y no obstante, la realidad sigue su curso sin que nadie tenga muy claro cómo definirla, sin que nadie se atreva a decir que no se va a sentar a su mesa.

Probablemente somos así y nos vamos ahogando en los problemas a base de no admitir nuestra ración de culpa. En todo caso, Raclette retrata con justicia como todo se va empantanando a medida que lo social va apareciendo en la mesa de los individuos. Como Banquo en el banquete de Macbeth, el espectro de nuestra relación con el colectivo acaba por evidenciar los crímenes que cometemos con la esperanza de una vida mejor. De la vida ilusoria que se nos promete a cambio de cerrar los ojos ante el asesinato de la sinceridad. En general, acabamos llorando por no querer admitir que deberíamos haber llorado antes, por no querer prescindir del disimulo.

Tal vez el final de Raclette no se compadece con el drama que va mostrando a lo largo de la función. Hay una voluntad de conciliación que no se corresponde con el que fuimos descubriendo durante la cena. Pero no hay que tomarlo demasiado en serio: es, de nuevo, un juego de ocultación. Sabemos que por la espalda están ocurriendo cosas que no se nos cuentan. Que no se exponen.